



## UN ESCENARIO PARA LA INTEGRACIÓN: AMÉRICA LATINA Y SU HISTORIA DESDE LA ESCUELA

*Pablo Andrés Toro Blanco*

### a) Algunas ideas sobre el sitio de la historia en la enseñanza hoy

«¿Para qué escribir Historia si no se lo hace para ayudar a nuestros contemporáneos a confiar en el porvenir y a encarar mejor armados las dificultades que encuentran día a día?», es la pregunta que nos ha dejado como herencia el recientemente fallecido historiador francés Georges Duby<sup>1</sup>. Y, probablemente, esta interrogante esté permanentemente rondando por las salas de clases y en la mente de quienes enseñan y quienes aprenden historia, más aún cuando la práctica educativa de la asignatura parece estar sometida a la demanda que se formula desde los nuevos paradigmas culturales, que enfatizan los cambios y las miradas hacia el futuro, plantean miradas globalizadoras, haciendo del pasado un territorio dudoso y del entorno propio una guarida cada vez menos propicia. En esta encrucijada de permanente cambio entre el presente y el futuro, el estatuto de legitimidad de la enseñanza de la historia se fundaría, si quisiéramos entregar una primera respuesta, en ser un ejercicio explicativo del presente a la luz de sus raíces en el ayer. Sin embargo, establecer al «presentismo» como principal concepto fundante para la enseñanza de la historia en la escuela podría conducir hacia la «balcanización» de la disciplina, a su paulatina disolución en el área de las ciencias sociales, como lo demuestran las experiencias sucedidas en países como Estados Unidos o Alemania, en los cuales como reacción se está volviendo a considerar a la historia como una disciplina con virtualidades explicativas más poderosas que las de una simple clave de comprensión del presente<sup>2</sup>. En estricto sentido, en algunos procesos de reformas educativas se ha debilitado el perfil de la historia como asignatura, asumiendo como guías el «presentismo» y las miradas científico-utilitaristas como criterios curriculares, y, por lo tanto, insertándola en áreas de conocimiento con denominaciones tales como «estudios sociales» o, en el caso del actual proceso chileno, que, imaginamos, ha tomado en cuenta las experiencias mencionadas, se le ha llamado «estudio y comprensión de la sociedad»<sup>3</sup>. Cabe preguntarse, pues, cuál es el fundamento para afirmar que la historia deba seguir siendo enseñada en la escuela y para descubrir su relevancia en la formación de las próximas generaciones. Las ideas que se plantean a continuación son una simple y provisoria provocación para tener en vista estas inquietudes.

Durante buena parte de nuestra existencia como nación independiente, el sistema educacional ha contado con la historia como una suerte de refuerzo identitario, entregando una determinada y poco flexible «idea de país», una especie de decurso de la acción de «guerreros y políticos victoriosos, valientes y honorables»<sup>4</sup>, concepción que resulta más

1 **George Duby:** "Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos". Editorial Andrés Bello, Santiago, 1995, p.9.

2 *Es lo que plantea Silvia Finocchio -coordinadora- en: "Enseñar ciencias sociales", Troquel Educación, Buenos Aires, 1993, p.39-41.*

3 *Es la denominación que recibe como subsector de aprendizaje del sector Ciencia, según los "Objetivos Fundamentales y Contenidos Mínimos Obligatorios de la Educación Básica Chilena", Ministerio de Educación, Santiago, enero de 1996.*

4 *El tema de los currícula actuales de Historia de Chile se debate en el artículo "Cómo nos cuentan la historia", en "Temas de la Epoca", suplemento del diario "La Epoca", domingo 6 de abril de 1997.*

que necesario y juicioso someter a análisis. Lo que permanece a la vista, al margen de lo criticable que sea la «idea de país» que ha generado la enseñanza de la historia durante generaciones, es el central rol cohesionador que la asignatura ha desempeñado, otorgando sentido de comunidad, identidad y nación, reforzando los supuestos particularismos que caracterizarían al «ser nacional». Ahora bien, ante los nuevos paradigmas que ponen énfasis en la globalidad y la diversidad, es necesario redefinir las posibilidades de la historia en cuanto contenido, en cuanto «qué», en cuanto conocimiento significativo en el aula. Y esto ha de ir de la mano con los procesos que apelan paralelamente a los cambios en el «cómo», en los métodos pedagógicos.

Insertar a la historia en el campo de las humanidades, entendiendo a éstas como disciplinas que privilegian el pensamiento reflexivo, especulativo e integrador y, por ende, generadoras de identidad y de apertura a la alteridad, aparece como una opción valedera, particularmente cuando, como hemos señalado antes, la escenificación de la asignatura en el aula ha llevado a la construcción de identidades acríticas, por una parte, y, de otro lado, a la concepción de que esta disciplina puede y debe preferentemente prestar un rol instrumental en la conformación del cambio social. Esta última visión, algo desprestigiada tras la crisis de legitimidad de los grandes «megarrelatos» y el ya tan manoseado «fin de la historia», ha querido subsumir a la historia en el campo de las ciencias sociales (del cual, por cierto, no es totalmente ajena), relativizando o, mejor dicho, parcializando su identidad. Nos parece que la historia como disciplina es una encrucijada a la que pueden concurrir con naturalidad múltiples disciplinas, ya sea desde una mirada multidisciplinaria de raigambre científica (sociología, economía, geografía, antropología), o desde una humanista, en que la lengua, las manifestaciones estéticas, los cuestionamientos filosóficos y éticos y la apertura a la trascendencia sean los ejes centrales de preocupación. Aquí precisamente radica nuestra proposición: entender la enseñanza de la historia como un posible lugar articulador de diversas miradas, recordando que si ha sido posible renovación en la práctica de la historiografía, ésta ha sido posible sólo cuando la historia se ha abierto a otras disciplinas. Pero, decimos entender la enseñanza de la historia no sólo como sitio de concurrencia para las ciencias sociales, sino como campo abierto para las humanidades. Esta visión no pretende afirmar una suerte de «mesianismo» de la disciplina y de la asignatura a nivel de la enseñanza, sino que, desde la modestia de un conocimiento sacudido por los cambios y apuntalado por la práctica milenaria a través de las diversas etapas de la humanidad, constituirse en invitación a preguntarse por la identidad y la alteridad, que son los cuestionamientos fundamentales de esta cambiante coyuntura de fin de milenio.

#### **b) La enseñanza de la historia de América Latina como un sitio integrador.**

El contexto cultural actual, del cual se pretende dar cuenta a través de los contenidos escolares, está marcado por el predominio de las concepciones globalizadoras y la búsqueda de la integración. Las principales coordenadas de la realidad cotidiana apuntan hacia la interrelación cada vez más estrecha e inmediata entre los procesos económicos, políticos, culturales, científicos y estéticos de las diversas zonas del planeta. Este afán integrador, inevitable dato de la realidad, debe ser conducido a la luz de análisis conscientes que den cuenta de él y lo guíen según criterios humanizantes. Tal es la encrucijada en que se sitúan las humanidades hoy, cuyo paulatino deterioro en términos de peso en el escenario cultural podría estar dándonos «una señal clara de una sociedad que dejó olvidado el pensamiento

reflexivo y que privilegia especialmente los conocimientos prácticos»<sup>5</sup>. En esta coyuntura, las preguntas acerca de la identidad no resultan, en nuestra visión, secundarias, sino que han de hacerse emergentes en los campos disciplinarios que mejor puedan acogerlas. Las humanidades y la historia parecen ser el mejor punto de partida para la mirada y la búsqueda.

Si las urgencias del presente han de ser tomadas como guía para la estructuración de los currícula, parece como una consecuencia relativamente natural en lo que respecta al estudio y enseñanza de la historia de Chile, contextualizarla e insertarla en un conjunto mayor como la historia de América Latina. La actual integración de las economías regionales es un proceso que, con imperceptible naturalidad, nos conduce hacia el tema de la identidad común. La historia entrega, insertándose en el conjunto de las humanidades, una visión en el tiempo que permite comprender y hacer visibles las continuidades, similitudes y fracturas, las potencialidades y limitantes estructurales de dichos procesos integradores, entregando guías de comprensión e interpretación de éstos.

La reflexión sobre la realidad que demandan las humanidades supone la permanente pregunta de un sujeto individual y colectivo que se cuestiona y se asombra ante sí y su entorno. Puesta dicha inquietud en clave diacrónica, surge la potencialidad de la historia como herramienta humanizante. Para el caso de nuestra comunidad nacional, la pregunta por su ser y su entorno más inmediato tiene un campo fructífero para ser respondida desde la historia de América Latina, campo de estudio que suele no aparecer sino a título de complemento en las orientaciones tradicionales de la enseñanza escolar de la historia<sup>6</sup>. La herencia hispánica común, mediatizada por las diversas condiciones locales, es un basamento que ayuda a explicar lengua, creencias, modos de vida, usos económicos y concepciones del poder, y otros tantos fenómenos que se arrastran a través del tiempo y suelen no ser transparentes a primera vista. La sincronía de los procesos económicos, políticos, sociales y culturales permite, en la observación de las especificidades nacionales, captar las grandes pautas del propio devenir histórico de los países latinoamericanos. Así sucede al rastrear en los diferentes episodios de la evolución histórica latinoamericana: para el caso de la vida independiente de nuestros países existen ciclos que son relativamente homogéneos en sus características, por ejemplo, las repúblicas liberales-conservadoras del último tercio del siglo pasado y las primeras décadas de éste, que manifiestan conflictos semejantes y procesos sociales, económicos y culturales que, mediante los contrastes, permiten entender mejor situaciones en las cuales se encuentran actualmente nuestros países. La mirada global a la historia de América puede prestar utilidad para ver como los conceptos de modernización, mestizaje, fusión cultural, integración, identidad y otros tantos se manifiestan de diversas maneras, para ver la naturaleza relativa e individual de los procesos históricos, conocimiento

---

5 Es la visión de **Lucía Invernizzi**, decana de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Ver: "Humanidades, la voz que falta", en: *Revista de Educación* N° 23, agosto de 1996, p. 17-20.

6 Es ilustrativo que en la producción de libros de difusión histórica en el medio nacional, hayan esca-seado tradicionalmente textos de historia de América. De hecho, desde la publicación, en 1865, del "Compendio Elemental de Historia de América" de Barros Arana, hasta la aparición, a inicios de la presente década, del primer tomo de una "Historia de América", escrita por Armando de Ramón y otros autores, no hubo mayores novedades, según señala Juan Eduardo Vargas en su reseña a esta última obra, en: *Historia* N° 28, 1994, p.410-413.

necesario en esta etapa en la que la evolución de la tecnología y la instantaneidad de las formas de comunicación, incluyendo en éstas al ubicuo ciberespacio, parece borrar las diferencias, las especificidades, las identidades. Por otra parte, dicha mirada global permite diluir la concepción de nuestra propia historia como una gesta aislada, insertando nuestros procesos nacionales y nuestra construcción de identidad nacional en un contexto mayor: cuando Chile monoexporta salitre en el siglo pasado, el mismo rol cumple el cacao ecuatoriano o la carne argentina; cuando se impone el orden castrense frente a las crudas eclosiones de los conflictos internos, éste habita el mismo espacio histórico y comparte significados con otras dictaduras militares; en definitiva, los procesos sincrónicos explican mejor lo propio. Si por otra parte, el tiempo actual empuja hacia vocaciones integradoras en el nivel regional, parece más que necesario conocer y entender los procesos históricos del resto de los países americanos, sirviendo este conocimiento como una plataforma básica para que nuestros educandos puedan compartir significados en la construcción de esta praxis integracionista.

Más allá de Chile y más acá de la supuesta historia universal, elegante apodo dado a la historia europea en la práctica pedagógica tradicional, la historia de América Latina se presenta como un espacio de análisis que invita a deshacerse provisoriamente del particularismo histórico nacional para, desde una vista más amplia, redefinir la identidad propia, estimulando contenidos actitudinales coincidentes con los objetivos de las humanidades: apertura al otro, comparación de realidades, valoración de similitudes y diferencias, afirmación de identidad. Esta ampliación del espacio de trabajo no ha de prestarse, no obstante, para la construcción de identidades colectivas acríticas, como la sacralización de un «ser latinoamericano», en un sentido esencialista y atemporal. En el otro extremo, ha de permitir también combatir contra las imperantes actitudes de historicidad acrítica propias de una discutible postmodernidad latinoamericana, que suele ser condimentada con afirmaciones tales como que MTV es la mejor concreción del sueño de Bolívar<sup>7</sup>. De hecho, si sostenemos que la historia de América puede ser un otro lugar de mirada no es para convertirla en objeto válido por sí mismo, como pensamos que el pasado entero no lo es, sino que para ser un terreno dialógico entre la identidad y la alteridad, un sitio desde el cual entender y reafirmar el proceso de integración, sobre la base de una actitud de asombro y búsqueda, la base de la inquietud intelectual y del humanismo que nos ha congregado en esta ocasión.

---

7 *Es la pintoresca afirmación que, desde la vereda de la "moral walkman", formulan Alberto Fuguet y Sergio Gómez en su compilación de cuentos "Mcondo", Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1996, p.18.*